

## *Es el amor*

Resulta difícil creer que en la Inglaterra del césped, el "whisky", la niebla, las carreras de Ascot, el "smoking" a la hora de cenar y los "clubs" haya podido nacer una criatura tan llena de sal y pimienta, de sol y de trópico como Jessie Matthews. Pero una vez que uno lo da por sentado y se convence de que la niebla, el "whisky" y el césped con su directa influencia sobre el ánimo han obrado el milagro de dar a esta criatura de carne latina un control sajón que la libra de las "impetuosidades" de una Lupe Vélez y le asegura en todos sus bailes, sus giros, sus abandonos al ritmo "hot-cha" de un refrán americano el equilibrio de una permanente elegancia, entonces lo que resulta difícil es sustraerse al encanto que se desprende de la combinación. En "Siempre viva" nos conquistó ya la gracia de esta cantante y bailarina que, por obligaciones de actriz, no pudo colocarse esa vez en un plano absoluto de "vedette". "Es el amor" la pone completamente en ese plano: esto es, la desviste, la aligera mostrándonos la gloria de su cuerpo fresco y espigado a través de las gasas de atavíos pseudo-hindúes, la pincha con una aguja envenenada de ritmos de "jazz" y la obliga a rendir, en seis números musicales diferentes, todo el sabor de sus desplazamientos, su zapateo, su siempre cambiante personalidad coreográfica. Sin contar con que Jessie Matthews canta, y por cierto muy bien. Y que silba. Envidiablemente, sobre todo para los que nunca pudimos pasar del soplado.

Los espectadores que se encuentren en edad de "merecer" y que tengan pretensiones de buen gusto no han de pedir por cierto más. Todo es abandonarse a la personalidad de Mrs. Sonnie Hale —conviene advertirles previamente, así, que Jessie es casada— y no pedir peras al olmo, esto es: no reclamar argumento, ni agudezas de diálogo, ni novedad en el tratamiento donde sólo se trata de hacer lucir una figura de la que puede estar ufano el cine británico. Si algunas de esas cualidades salen ligeramente a flote durante el curso de una película ¿qué más puede pedírsele a ésta?

"Es el amor" tiene refinada elegancia en los decorados, vastedad y originalidad en los "sets" —alguno de ellos difícil de igualar, en su disposición y hasta en su lujo, en el cine americano corriente, como el dispuesto para la representación teatral de la última escena—, tiene sus chispazos de ironía hacia Hollywood en el curso del diálogo, como cuando el "manager" del restaurant londinense, para indicar el prestigio de su establecimiento, dice: "—Aquí recibimos reyes, príncipes, "gangsters" americanos y estrellas de cine": y tiene por fin, sus propias e inusitadas conclusiones, que no le van en zaga a tan sorprendentes del cine "made in U.S.A.": por ejemplo, la de que los cronistas sociales ¡puedan producir con su sección un aumento en el tiraje de los diarios! Yo no sé lo que pasará en Estados Unidos, pero lo que es entre nosotros el descubrimiento va a dejar tartamuda a la mitad de los espectadores.

LO QUE FALTA A "ES EL AMOR"

Si quisiéramos prescindir de la "estrella" —elemento imprescindible, eje y razón del "film"— y juzgar de por sí a "Es el amor" como entretenimiento sin consecuencia, encontraríamos que el nuevo film de Víctor Saville padece más de "spleen" londinense que la técnica de su protagonista. Una meta de la película musical es que divierta, y "Es el amor" apenas distrae. Está en ella todo contenido dentro de determinados límites: todo estirado y cubierto: nada en ella estalla imprevistamente, nada busca la carcajada, sino la sonrisa. Lo que se gana en elegancia y en discreción se pierde en alegría y salero. Sólo, como nota de diversión imprevista, puede citarse la presencia del "partenaire" de la estrella: un "vedetto" que pretende superarla en contoneos y que se gana —muy en serio— las risas más entusiastas del auditorio.

Por lo demás, la historia tan repetida de la superchería a que se ve obligada la pobre corista rechazada para interesar a un empresario en sus dotes —cuento de la fabricada personalidad exótica tan repetidamente usado por el cine, en "Moulin Rouge", en "Melodía de Broadway 1936", en cien películas de la serie— nada puede dar, ni aún cuando se vista con babuchas hindúes. Con todo, es de agradecerse que para una nueva presentación de Jessie Matthews se haya elegido esta nueva receta y no el otro modelo consagrado: el de la representación fracasada antes del "debut" por falta de fondos y que finalmente recibe la inyección económica tan esperada y necesaria.

Tres canciones de tema original y bien tratado musicalmente realzan el atractivo del "film", que recibe los beneficios de una de las excelentes creaciones cómicas de Sonnie Hale, usufructuante legal —y envidiado— de los encantos de Jessie Matthews y que personificando en dos escenas a un "maharajah" loco y a un coronel —papel que representa su padre Robert Hale— da nuevamente una lección de gracia mesurada y de elegante juego, dentro de la fantasía general de su mímica y su discurso.

Si ese "Es el amor" —aunque poco excitante— pues que sea enhorabuena. Se entiende que como amorío para "pasar el rato" y no como pasión para tomársela a la tremenda.

R. A. D.